Pecado y Arrepentimiento

Obispo Edir Macedo

Capitulo I

El pecado y sus consecuencias

Aunque la definición correcta del término pecado sea la transgresión de la Ley, conforme está escrito:

«Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley» (1 Juan 3:4).

Aún así, hay mucho más a considerar sobre lo que es realmente pecado. Es la desobediencia voluntaria o involuntaria a la Palabra de Dios. Podemos constatar esto allí en el Jardín del Edén, cuando Adán rehusó obedecer la Palabra de Dios para obedecer la palabra del diablo. Esta es la tónica principal del pecado: cuando obedecemos a Dios, sometiéndonos a Él, no obedeceremos al diablo porque aquel a quien sujetamos nuestras vidas, por la Palabra, de éste nos tornarnos siervos; cuando desobedecemos al Señor, automáticamente obedecemos al diablo y, por eso mismo, le sometemos nuestras vidas, cayendo en pecado. A partir del momento en que rechazamos la Palabra de Dios, transgredimos su ley. En otras palabras: el pecado es como aquel padre que lucha para criar y educar a su hijo; cuando él crece deja de honrar a su padre para honrar, en obediencia, el enemigo de su padre. ¿Esto es justo?

¿Cómo nace el pecado?

El nacimiento del pecado es muy fácil y, por eso, es abundante. Normalmente, hay una verdadera desfachatez por parte del pecador que intenta justificar su pecado

alegando haber «sido sin querer» o porque «no estaba vigilando» y fue cogido por sorpresa. Todo esto es mentira y hace que el pecado se vuelva más grave porque quien así procede no está totalmente arrepentido. Cuando alguien comete algún error pecaminoso, lo hace por libre y espontánea voluntad, pues como está escrito:

«... Dios es fiel, no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar» (1 Corintios 10:13).

Esto significa decir que nadie es tentado de tal forma que no lo pueda resistir. Lo que realmente acontece es que el pecado es como una semilla plantada en el corazón y que se va desenvolviendo gradualmente hasta que venga a dar a luz, es decir: nacer.

El diablo siempre trae la tentación, ofreciendo sutilmente las cosas que «agradan a los ojos», como hizo con Eva, que después de haber «oído sus palabras», comenzó a observar los detalles del fruto prohibido conforme narra la Biblia:

«Viendo la mujer que el árbol era deseable para dar entendimiento, le tomó del fruto y comió, y dio también al marido, y él comió» (Génesis 3:6).

Verifiquemos entonces como se da el nacimiento del pecado:

- 1. El pecado puede nacer a través de una simple voz o consejo de alguien, que puede ser un pariente, un amigo e incluso un ser querido, que, con buenas intenciones, intentando ayudar, acaba llevando a la persona a cometer un gran pecado. Por ejemplo: cuando el Señor Jesús comenzó a decir a sus discípulos que era

necesario ir a Jerusalén y sufrir muchas cosas, ser muerto y resucitado el tercer día, entonces, Pedro, bien intencionado, llamándolo aparte comenzó a reprobarlo diciendo:

«Ten compasión de ti, Señor; eso de ningún modo te acontezca. Entonces el Señor reprobando a Pedro le dijo: Aléjate Satanás».

Aquella voz ciertamente no era la de Pedro, sino la de Satanás. De la misma forma, cuantas personas han caído en pecado por oír voces «inocentes e ingenuas». Debemos tomar como ejemplo al propio Señor Jesús que, inmediatamente, reprendió a aquella idea diabólica, no esperando sacar otras conclusiones de aquel consejo. Así, también, cuando sentimos que algún consejo no está de acuerdo con nuestra fe, debemos también, inmediatamente, reprenderlo. Y la verdad es que el propio Espíritu Santo nos ilumina en la hora en que estamos siendo tocados, y nosotros tenemos la obligación de resistir el mal.

Es en esa hora que debemos aplicar aquella palabra:

«... resistid al diablo y el huirá» (Santiago 4:7).

Debemos también observar, que de la misma forma que la Palabra de Dios alimenta nuestra alma, volviéndola fuerte e inconmovible, también la palabra diabólica destruye nuestra alma, volviendola débil y abatida. Si, por acaso, estamos con un pensamiento pecaminoso en el corazón, que aún no dio a luz al pecado, debemos rápida e inmediatamente sacarlo de nuestro corazón, a través de la confesión a Dios. Si no hacemos esto, ciertamente que, más tarde o más temprano se convertirá en pecado. Por tanto, es importante que cultivemos nuestros pensamientos

limpios y puros de cualquier idea pecaminosa, como dice el apóstol Pablo:

«Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad» (Filipenses 4:8).

- 2. El pecado también puede nacer a través de los ojos. Muchas veces, la persona»oye una voz» y, enseguida, despertada por la curiosidad pasa a desear «ver» y, entonces, su pensamiento es doblemente bombardeado por la acción demoníaca, que pasa a esperar y entonces nace del pecado. Eva «vio que el árbol era bueno para comer». El Espíritu Santo nos llama mucho la atención al hecho de la concupiscencia de los ojos, que nada más es que la codicia o ganancia provocada por los ojos que, a su vez, nunca se cansan de mirar. Razón por la cual el Señor Jesús afirmó que los ojos son la lámpara del cuerpo, significando que nuestro cuerpo está sujeto a la luz que los ojos le reflejan; si los ojos son buenos, es decir, si ellos no provocan ganancia o codicia que son los deseos ilícitos y pecaminosos, entonces todo el cuerpo será iluminado o bendecido; pero, si por acaso los ojos fuesen codiciosos, entonces atraerán dentro del cuerpo toda suerte de pecado volviendole un cuerpo verdaderamente en tinieblas.

Todo el pecado tiene su inicio en la mente, ya sea por las palabras diabólicas, o por las imágenes visuales; si él es reprendido antes de llegar a la mente entonces será más fácil vencerlo; mientras que, si lo dejamos asentarse en el corazón (mente), entonces se hará más difícil expulsarlo, pero no imposible. Para esto, basta confesarlo al Señor Jesús y pedirle que lo saque del corazón

El origen del pecado

«Dichoso el varón que soporta la tentación porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de la vida, que el Señor ha prometido a los que le aman. Que nadie diga cuando es tentado: Estoy siendo tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni Él tienta a nadie; sino que cada uno es tentado, cuando es atraído y seducido por su propia concupiscencia. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y cuando el pecado es consumado, produce la muerte» (Santiago 1: 12-15).

«Porque la paga de pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro» (Romanos 6:23).

Capitulo II

El arrepentimiento

El arrepentimiento es el sentimiento o pesar por faltas o errores cometidos, el sincero pesar de algún pecado cometido. Aunque esta definición sea absolutamente correcta, en su forma práctica, es mucho más significativa, mucho más expresiva y profunda, de tal manera que crea una verdadera transformación en la conducta de las personas. Su definición puede ser abstracta, pero en sus efectos podemos constatar las grandes diferencias de otro sentimiento que tiene aparencia semejante, como es el caso del remordimiento. Cuántas personas se han engañado por el simple hecho de haber manifestado el remordimiento en vez del arrepentimiento. Cuando alguien comete un pecado y se arrepiente, nunca más cometerá el mismo pecado; pero si siente un simple remordimiento por el pecado cometido, aún lo cometerá más veces mientras no se haya arrepentido. Es el caso de Judas Iscariote, que tuvo remordimiento por haber traicionado al Señor Jesús, conforme narra San Mateo:

«Entonces Judas, el que le había entregado, viendo que era condenado, devolvió arrepentido las treinta piezas de plata a los principales sacerdotes y a los ancianos» (Mateo 27:3).

El remordimiento no pasa de ser un sentimiento de culpa de la conciencia, que produce un malestar durante un cierto período de tiempo y después es olvidado, pero el arrepentimiento es diferente puesto que implica cambios de comportamiento en relación al error, tal como veremos a continuación.

Características del arrepentimiento

- 1) Ver el pecado - Para que haya arrepentimiento es preciso, en primer lugar, que la persona errada considere su error; es decir, es necesario que asuma su error, valientemente, analizando porque cometió ese delito, donde fue que comenzó a caer en pecado. Muchos intentarán sacarlo de la mente mediante el olvido, y aquellos que así proceden tienen la ayuda especial de Satanás, porque él tiene interés en que el pecado no sea confesado con el fin de que las personas puedan cometerlo nuevamente.

Una de las cosas más difíciles es que la persona admita el pecado o el error, y a partir de ese momento en que lo admite, es la señal de que el Espíritu Santo ya está actuando a través del convencimiento, porque:

«Y cuando Él venga, convencerá al mundo del pecado, de justicia y de juicio» (Juan 16:8).

- 2) Confesar el pecado–.Después de la admisión, el pecado precisa ser confesado urgentemente, lo más rápidamente posible, para que éste sea cancelado. La Biblia afirma:

«Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad» (1 Juan 1:9).

Si nosotros admitimos el pecado y no lo confesamos, entonces se queda guardado en el corazón; más tarde, él atraerá más pecados... Es como el demonio, cuando entra en la vida de alguien, atrae a otros peores que él.

- 3) Detestar el pecado–.Si la persona comete un pecado, y después de admitirlo y confesarlo no toma una actitud en odiarlo, éste volverá a llamar a la puerta del pecador con mayor fuerza e insistente. El gran problema es que el pecado siempre tiene sabor de miel en la boca, es decir: en el inicio; pero al final es como la hiel y sus sinsabores son tantos, que no valen la pena.

Para que quede realmente caracterizado el arrepentimiento de forma definitiva, ha de odiar y abandonar al mismo tiempo el pecado, porque:

«Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia» (Romanos 6:14).

Y por eso mismo, no podemos jamás dejarnos llevar por su astucia.

Es Dios quien nos conduce al arrepentimiento, conforme está escrito:

«¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento?» (Romanos 2:4).

Si el arrepentimiento es un don de Dios, una condición que Él nos da para que podamos establecer una buena relación con Él, ¿cómo podemos despreciar su bondad olvidando un complejo arrepentimiento. Es cierto que cuando así procedemos estamos resistiendo al Espíritu Santo, que es el agente que nos lleva al arrepentimiento.

Los peligros

«Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero, y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio. Porque la tierra que bebe la lluvia que muchas veces cae sobre ella, y produce hierba provechosa a aquellos por los cuales es labrada, recibe bendición de Dios; pero la que produce espinos y abrojos es reprobada, está próxima a ser maldecida, y su fin es el ser quemada» (Hebreos 6:4-8).

Estos versículos afirman claramente que hay un determinado límite para el arrepentimiento, pues «renovados para arrepentimiento» significa que ya hubo otros arrepentimientos y que ahora renovarlos es imposible...

Capitulo IV

La conciencia pura

La conciencia es la expresión más profunda del alma que hace distinguir el mal del bien, que aprueba o reprueba nuestros actos, que nos hace crear un sentimiento del deber de practicar determinadas actitudes de acuerdo con nuestra educación espiritual. La conciencia cristiana produce necesariamente, un carácter cristiano.

«Mi justicia tengo asida, y no la cederé; no me reprochará mi corazón en todos mis días» (Job 27:6).

Y esta era la razón por la que el Señor le honró diciendo:

«¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como Él en la tierra, varón perfecto y recto. Temeroso de Dios y apartado del mal?» (Job 1:8).

Porque Job mantenía la conciencia pura, su vida era pura, teniendo en cuenta que la conciencia es el termómetro que mide nuestra espiritualidad.

¿Qué nos lleva a mantener la conciencia impura y cuáles son los resultados de esto?

El pecado es la única fuente de una conciencia impura. Todas las veces que hacemos algo que es contrario a la voluntad de Dios, algo que ofende al Espíritu Santo que habita en nosotros, inmediatamente tenemos la conciencia acusándonos constantemente. Cuando la conciencia nos acusa, es como si la mano de Dios estuviese presionando

sobre nuestra cabeza. Fue así mismo que David se expresó cuando dijo:

«Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano; se volvió mi verdor en sequedades de verano» (Salmo 32:4).

Cuando la conciencia revela impureza, es porque existe, de hecho impureza en el corazón. Y cuando hay impureza en el corazón, hay duda e incertidumbre también, y, cuando hay duda, hay falta de fe. Por ejemplo: si el cristiano comete fallos o un pecado, entonces la conciencia lo acusa de aquel pecado. Cuando él tiene necesidad de usar su fe para cualquier cosa, aquel pecado inmediatamente florece en su mente, dando lugar a la duda respecto de su propia fe; de ahí, su fe queda inoperante. Y no sirve de nada que el cristiano reclame a Dios una respuesta basándose en la Sagrada Escritura, porque la oración de fe, se queda manchada por la conciencia mala.

¿Qué hacer para limpiar la conciencia y mantenerla así?

El rey David afirmó:

«Mientras callé, se envejecieron mis husos en mi gemir todo el día. Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano; se volvió mi verdor en sequedades de verano. Mi pecado te declararé, y no encubrí mi iniquidad. Dije: Confesaré mis transgresiones al Señor; y tú perdonantes la maldad de mi pecado. Por eso orará a ti todo santo en el tiempo en que puedas ser hallado; ciertamente en la

inundación de muchas aguas no llegarán éstas a él» (Salmo 32:3-6).

Aquí está la llave de una conciencia limpia: la confesión de los pecados. Pero, no basta confesión solo a Dios, porque es fácil y simple cometer pecados y más pecados y confesarlos a Dios que, naturalmente, siempre Dios perdona. Pero el pecado confesado a Dios facilita cometer el mismo pecado y otros más, simplemente porque, aunque los pecados sean perdonados por Dios existen otras personas que fueron víctimas de aquel pecado o pecados que también necesitan oír la misma confesión. Si esto no acontece, entonces el pecador es perdonado por Dios, pero no por la persona víctima del mismo. Entonces la persona pasa a tener una deuda con el diablo, que, a través de la víctima, procura hacer que aquel pecador sea avergonzado. Por ejemplo: si el cristiano comete adulterio, y quisiera arrepentirse de aquel pecado, y limpiar la conciencia, precisa, no solo confesar su pecado a Dios sino también a la persona con quien él cometió el pecado, y también a su esposa, a fin de que el diablo no tenga nada de que acusarlo.

Sin embargo, si el adúltero es un ministro del evangelio, entonces hay necesidad de confesar su pecado a Dios, después a la mujer con quien pecó, después a su propia esposa, y finalmente a su líder espiritual, que representa la iglesia. Pero si por acaso el pecador es del líder espiritual, entonces, para que él tenga totalmente la conciencia tranquila, él precisa confesar su pecado a Dios, la mujer con quien pecó, su esposa, y finalmente a toda la iglesia a través de sus pastores.

El camino de vuelta a la plenitud de la sana conciencia es muy arduo y difícil, por eso mismo son pocos los que aciertan a volver y a través de formas, intentan arreglar sus vidas, pero en vano; porque el diablo sabe de nuestros

pasos y siempre aguarda nuestra derrota con ansiedad. Porque si la confesión a Dios resolviese el problema, entonces, ¿cómo quedarían las personas que fueron víctimas de nuestros errores?

La conciencia pura es siempre identificada por la paz del Señor Jesucristo, como está escrito:

«Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos» (Colosenses 3:15).

Si deseamos mantener nuestra conciencia limpia, necesitamos estar siempre en paz con Dios y con nuestros semejantes, especialmente con los hermanos en la fe; y jamás dejar acumular pecados sino que debemos confensarlos siempre, porque cuando hay confesión de pecados es como si estuviese arrancando de dentro de sí la suciedad, toda inmundicia, y si no hay una confesión total no hay limpieza total, y el resto de inmundicia que quede va a crecer y rebosar de pecados nuevamente, y cada vez será más intenso, cada vez mucho peor... El Espíritu Santo afirma:

«Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios. El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia?» (Hebreos 10:26-29).

¿Cómo puede un pastor pecador ser bendecido en el púlpito?

Aparentemente, el pastor que cometió pecado puede ser bendecido en el púlpito. Esto sucede porque antes de ministrar la Palabra, hay una humillación delante de Dios, y el Señor, para honrar su palabra y Su Santo Nombre, permite que sucedan hasta milagros. Pero, esto no exime al pastor pecador de irse enfriando cada día, por cuanto ha rechazado la buena conciencia acaba naufragando no solo en el ministerio, sino también sobretodo en la fe. El pastor que piensa que su trabajo en la iglesia justifica sus actitudes pecaminosas, no solo se está engañando a sí mismo,sino a la iglesia también. Y lo que es peor está jugando con Dios, más pronto o más tarde su pecado escondido acaba por salir a la luz y su vergüenza será mayor. Es claro que la iglesia será más perjudicada ante el carácter sucio de ese pastor, sin embargo ella se levantará nuevamente y el pastor caerá definitivamente...

«Esto es demostración del justo juicio de Dio, para que seáis tenidos por dignos del reino de Dios, por el cual asimismo padecéis» (1 Timoteo 1:5).

Abandonemos los pecados escondidos comenzando por confesarlos a quien de hecho, con la conciencia limpia, vengamos a servir como vasos inmaculados del Espíritu Santo, evitando así «apagar» el espíritu que en nosotros habita, sino por el contrario, traer gozo y alegría al corazón de nuestro Señor y rey Jesús; al mismo tiempo pisando con toda fuerza en la cabeza de Satanás, a través de nuestro testimonio de fe.

Que Dios bendiga a todos, guardándonos de la mala conciencia por los pecados...

Amén.

Capitulo V

Perseverancia

La perseverancia es una cualidad capaz de hacer a alguien mantenerse firme y constante en sus objetivos y propósitos hasta alcanzarlos plenamente. Al cristiano le da firmeza de carácter, en la conciencia de la fe pura, aún bajo las más diversas circunstancias, hasta la muerte.

Todo cristiano que se precie debe pasar por pruebas, porque estas producen actitudes perseverantes, como está escrito:

«Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna» (Santiago 1:2-4).

«Y no sólo esto, sino que también no gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza» (Romanos 5:3-4).

Si observamos con cuidado la historia de los grandes personajes del mundo, de cómo ellos consiguieron fama y éxito por sus grandes hechos, notaremos una cualidad común en todos ellos: eran constantes, firmes y persistentes. Ante muchos fracasos, ellos no desistieron de alcanzar sus metas. Cuantas veces ellos caían, se ponían de pie y continuaban, en busca de la victoria. Si ellos, que eran

incircuncisos de corazón, alcanzaron sus metas, mucho más nosotros, los cristianos, que tenemos el amor de Dios en nuestros corazones y la orientación más cierta que es Su Palabra, animándonos a avanzar, cueste lo que cueste, duela a quien duela, hasta que alcancemos la perfección.

Todo en la vida depende de la perseverancia. El propio Señor Jesús dejó clara una exhortación, cuando dijo:

«Con vuestra paciencia ganaréis vuestras almas» (Lucas 21:19).

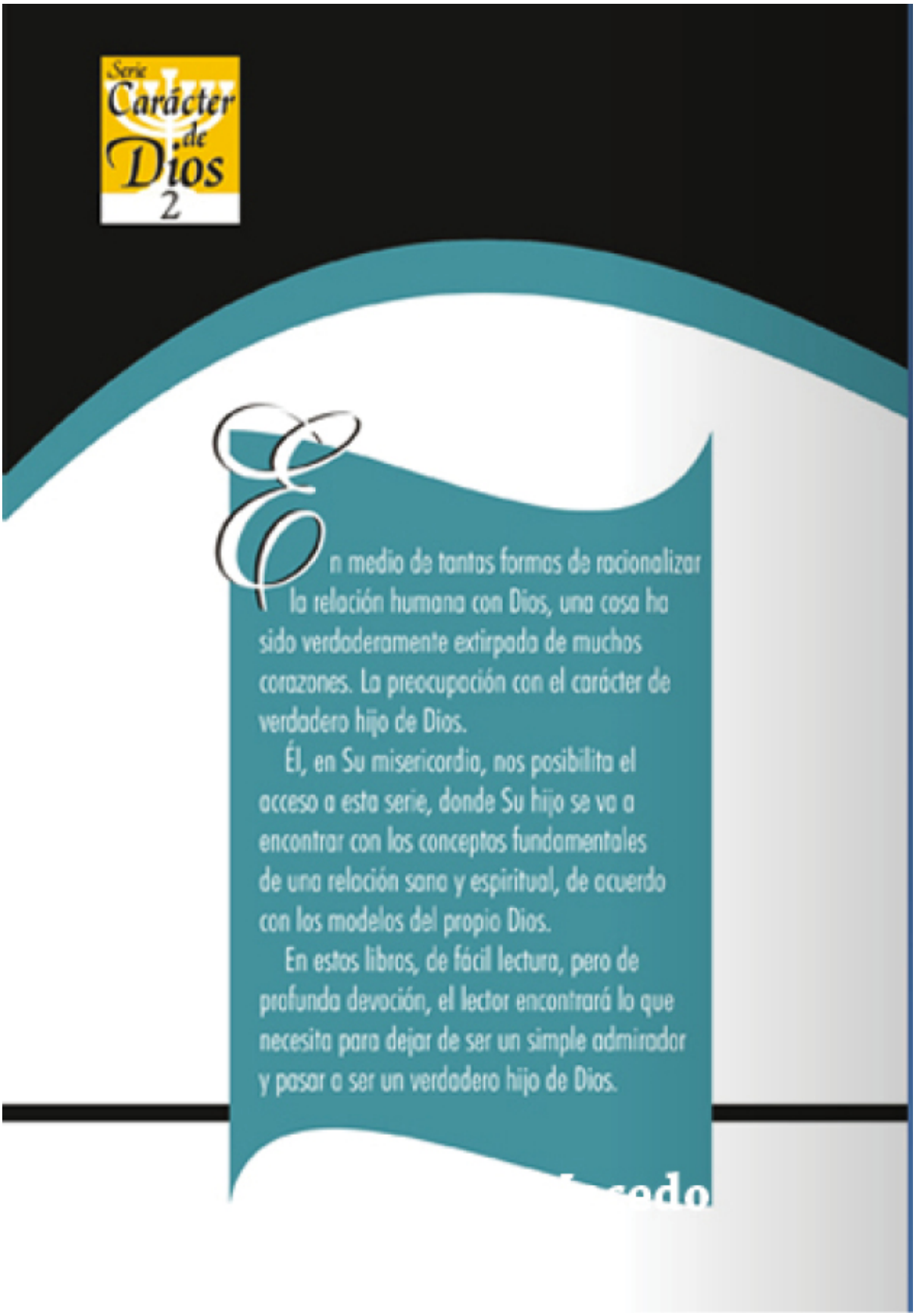
Sin embargo, no es solamente las almas que ganaremos, sino cualquier cosa que deseemos. Sólo depende de nosotros, de cada uno de nosotros, para nuestras propias realizaciones. Y esto no acontece por casualidad, es preciso una constancia, un espíritu perseverante, indomable, una firmeza de fe. El escritor a los Hebreos afirma:

«Porque os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa» (Hebreos 10:36).

Creo que la derrota y el fracaso son frutos de la falta de perseverancia más que otro hecho cualquiera. Porque cuando se cree en aquello que se hace con determinación, obligatoriamente se tiene que obtenerse un resultado positivo. ¡Es la regla de la vida! Es la ley fija celestial que dirige todas las cosas, es decir, lo que el hombre siembra eso recogerá (Gálatas 6:7).

Hay un refrán popular que dice «agua blanda en piedra dura, tanto golpea que al fin la rompe». ¿No será esto un ejemplo para nosotros, los cristianos, en relación a las cosas que queremos alcanzar? ¿Por qué Josué tuvo que rodear

Jericó tres veces consecutivas para que pudiese ser conquistada? ¿Por qué Naamán tuvo que zambullirse siete veces en el río Jordán para ser curado de su lepra? ¿Dios no podría, en la primera vuelta alrededor de Jericó hacerla derrumbar? Y Naamán, ¿no bastaría zambullirse una única vez en el río Jordán para ser curado? ¡Es claro que sí! ¿Y por qué entonces tuvieron que proceder de la misma manera varias veces? ¿Quién hizo que las murallas de Jericó se derrumbasen: las tres vueltas, el pueblo de Israel, o el Señor de los Ejércitos? ¿Quién curó a Namán: las aguas del Jordán, zambullirse siete veces, o el Señor de los Señores, que ordenó aquella actitud? Pues bien, el mismo Dios, Señor de los cielos y de la tierra, el Todopoderoso, también nos ordena a seguir adelante, corriendo hacia la meta, con un espíritu perseverante, sin titubear, sin enflaquecer, sin mirar hacia lo que quedó atrás, conservándonos firmes y constantes sin vacilar.


Serie
Carácter de Dios
2
En medio de tantas formas de racionalizar la relación humana con Dios, una cosa ha sido verdaderamente extirpada de muchos corazones. La preocupación con el carácter de verdadero hijo de Dios.
Él, en Su misericordia, nos posibilita el acceso a esta serie, donde Su hijo se va a encontrar con los conceptos fundamentales de una relación sana y espiritual, de acuerdo con los modelos del propio Dios.
En estos libros, de fácil lectura, pero de profunda devoción, el lector encontrará lo que necesita para dejar de ser un simple admirador y pasar a ser un verdadero hijo de Dios.

Pecado y Arrepentimiento

Obispo Edir Macedo